

# L'AVENÇADA

SETMANARI RADICAL-NACIONALISTA

REDACCIÓ I ADMINISTRACIÓ:  
CARRER DE TRES-LLITS, 3  
LA CORRESPONDENCIA, AL DIRECTOR

Número, 5 cèntims

ELS TREBALLS ES PUBLIQUEN BAIX  
L'EXCLUSIVA RESPONSABILITAT DE  
LLURS AUTORS. NO'S TORNEN ELS  
ORIGINALS.

ANY I

BARCELONA, 5 DE JUNY DE 1915

NÚM. 14

## L'ORACIÓ D'UN VIDENT I D'UN PATRIOTA

### El gran discurs den Lerroux a Tenerife

La millor manera de contestar a la campanya d'infamies i d'insidies empresa pels setmesons de la Defensa Social i els cafres del jaumisme contra nostre quefe don Alexandre Lerroux pel discurs que ha pronunciat a Tenerife, creiem que és reproduint els paragrafs més sortints d'aquesta immillorable peça d'oratoria, única en el seu genre.

Aquí van, doncs, uns quants fragments del discurs den Lerroux:

Van pasados diez meses: han pasado, señoras y señores, un otoño y un invierno, en que hemos visto callada la voz de la razón y durante cuyo tiempo sólo hemos oído la voz del cañón, en que se han ido apagando poco a poco los ecos de la justicia y sólo hemos oído los gritos de la barbarie. En que hemos visto como se cerraban primero las cátedras, luego los talleres, después las escuelas. Y se llenaban primero los cuarteles, después los cementerios, más tarde los campos, todo aquello que en lugar de ser fecundidad trae siempre la guerra en su bagaje.

Y ha llegado la primavera, y otra vez los campos se cubrieron de flores, y otra vez volvieron a cantar en ellos los pájaros; pero esos mismos campos se vieron regados con la sangre, y los hombres no pudieron mirar al sol con alegría, ni el cielo azul de la primavera dió su benéfico calor a todas las almas. Y otra vez la vida ha recobrado todos sus fueros, y sin embargo, la muerte se ha enseñoreado de todo. Ya no hay la alegría de la primavera, y aunque los campos están floridos, los hombres caen sobre ellos para no levantarse más.

Han caído, desde el principio de la guerra, diez millones de hombres, diez millones de hombres que sucumbieron en esta lucha terrible. Ha pocos días, leyendo una estadística, me espantaba ante esa cifra aterradora.

Si no se siente más horror ante la lectura de esa cifra, es porque nos hemos acostumbrado a leer diariamente 30, 40 o 50 mil hombres que han sucumbido, y por ello no apreciamos en toda su intensidad el dolor de esta tragedia.

¡Diez millones de hombres! ¡Como quien dice la mitad de la nación española! Es decir, diez millones de madres que sintieron desgarradas sus entrañas, diez millones de obreros robados a la causa de la civilización, diez

millones de artistas tomados a la vida, diez millones de hombres que ya no trabajan, de mujeres que quedaron sin esposos, de niños que quedaron sin padre. ¡Diez millones! ¡Quién sabe los millones de hijos que quedaron sin padre!

Pues bien; para España esto es un problema que no preocupa. Apasionan más los espectáculos que brindan al pueblo las plazas de toros, las emociones minúsculas de los reñideros de gallos, o las apuestas de las carreras de caballos.

No conmueve ni preocupa siquiera el pensar que entre esos diez millones de hombres ha podido figurar un Franklin, un Fulton, acaso un nuevo Cristo crucificado anónimamente. Un Cristo que tuviera otro Gólgota para perdonar a los hombres, marcar horizontes más luminosos a la humanidad y hacernos una nueva promesa de redención que no borrase el transcurso de los siglos. Quien sabe si ha muerto un nuevo Colón que viniese a descubrir un nuevo mundo moral.

Pensad, señores, en que hay millones de hogares en donde se reza, millones de tumbas sobre las cuales se llora, miles de talleres donde huelgan los honrados instrumentos de trabajo, laboratorios donde se ha suspendido, acaso terminado para siempre, la obra paciente del sabio, la obra intensa, heroica, con el heroísmo trágico del que sacrifica su vida en busca de la verdad de la ciencia que pudiera ahorrar millares de vidas a la Humanidad.

Y ante este espectáculo, señores, ¿debo callarme, debo atender a los que quieren que no me ocupé de esto, a los que merecen palabras que no me atreví a pronunciar, a los que han venido combatiéndome, a aquellos españoles con cuya idea debo yo ser respetuoso como quiero que lo sean ellos con las mías?

¿Debo abstenerme de hablar de este inmenso problema de la vida mundial? ¿Debe absteperse España de formar parte de la colectividad responsable de esta enorme tragedia, sin que esa responsabilidad adquiera un mayor grado, sea infinitamente más grande? Porque los hombres públicos contraen grandes deberes y yo no los olvido, y por eso a los que no sienten deseos de que se hable de estos asuntos yo no los he de anatematizar, lo repito, porque no quiero que salgan de mis labios palabras que molesten, porque son mu-

chos y muy varios los elementos que han concurrido a este acto, que han tenido conmigo la cortesía de venir a escucharme, y me propongo ser también tolerante con sus ideas.

Hay deberes que por necesidad de su posición contraen los hombres públicos con su propia conciencia, sobre todo cuando esta conciencia tiene por lema un perfecto ideal de justicia, aunque la práctica de ella les lleve hasta la impopularidad; deberes que se imponen con mandatos irrecusables.

En agosto del año pasado, vino a mí un conocido periodista haciéndome el honor—honor que yo consideraba inmerecido—de interrogarme solicitando mi opinión sobre la guerra que se encendía en el centro de Europa. Y quien, como yo, tanto había recibido de la opinión pública, no podía negarse a lo solicitado; consideraba un deber, una obligación, iluminar el camino que habían de seguir las muchedumbres, porque ellas no suelen conocer los derroteros acertados para llegar al término en que se define la acción de la colectividad. Yo, a eso, no quise negarme, no debía, no podía negarme.

Yo hablé entonces con espontaneidad, hablé claro, con aquel romanticismo que caracteriza mi naturaleza y del que la nieve de los años no ha podido apagar el fuego en que se inflama; hablé y dije (porque entendía que en las grandes causas se deben indicar las soluciones más prácticas y más nobles) que España tenía un gran papel que cumplir en esta contienda. Cuando la hermana mayor de la raza latina, Francia, se hallaba entregada a una lucha titánica por el derecho, la hermana menor, España, se hallaba en el caso de ponerse a la cabeza de un gran movimiento espiritual, convocar al mundo americano, e indicar a las naciones beligerantes, a las que son causa indiscutible de la catástrofe, que no tenían derecho a detener el curso de la civilización por la fuerza de las armas.

A mí, que soy un platónico, no se me alcanzaban otras soluciones; era esa la única. Solución propia del que nació poeta y de poeta no ha perdido más que la manía de versificar.

Aun consideré que no era suficiente lo dicho, y quise que mis afirmaciones tuvieran el sello y la responsabilidad del puesto que ocupó, ampliando y corroborando lo que había dicho al periodista. Y entonces, recordando